



DE LA ETA A LA EPA

Hay paro para rato, y en cifras inadmisibles que van a requerir decisiones estratégicas de enorme riesgo político

LA irrupción de la catástrofe social que retrata la Encuesta de Población Activa —y aún faltan los datos del paro registrado en octubre— ha volatilizado del primer plano nacional el debate sobre el presunto final del terrorismo. La hoja de ruta de la secesión vasca sigue su curso en manos del bloque soberanista y ante la prisa torpe de Patxi López por dibujar un escenario a la medida de sus adversarios políticos, pero la prioridad de la opinión pública española se centra en el devastador panorama de quiebra laboral que reflejan los datos de la búsqueda de empleo. Cinco millones de desocupados y un millón y medio de familias sin salario constituyen un problema de tales proporciones que sólo la intuida realidad de una economía subterfugial de supervivencia puede explicar la ausencia de estallidos sociales de desesperación colectiva.

Ambas cuestiones, la de la crisis socioeconómica y la del post-terrorismo, dan una idea de la envergadura del reto al que se va a enfrentar el nuevo Gobierno que previsiblemente liderará Mariano Rajoy. La herencia del zapaterismo no ha dejado ninguna fisura en su desastrosa coherencia: un país desestructurado en su cohesión territorial por artificiales conflictos identitarios, lastrado por una administración pública hipertrofiada e incompetente, endeudado hasta la asfixia y con el motor de la productividad parado. A ese legado calamitoso se ha sumado esta semana un golpe gratuito de la Unión Europea a la confianza del sistema bancario que, se diga lo que se diga, estorbará aún más la imprescindible reactivación del crédito que necesita una economía cataléptica. Quizá por ello el Partido Popular, en vísperas de su cantada victoria, debería modular el discurso de optimismo sobre sus propias posibilidades para no causarse a sí mismo el daño irreversible de una pronta disipación de las escasas, para qué engañarse-esperanzas ciudadanas en un pronto cambio de rumbo.

Por mucha confianza que pueda insuflar la alternativa de poder, las cosas no van a mejorar a corto plazo. Es bastante probable que las primeras EPAs de Rajoy no sólo no registren cifras similares sino que alcancen cotas aún más altas debido al impacto inicial de los inevitables ajustes del sector público. Y el Gobierno del PP no podrá contar con la benevolencia sindical de que ha gozado el socialista; la izquierda social, sea articulada por los sindicatos o por el movimiento 15-M, no esperará un minuto para pasar en la calle la factura de su desapego.

Hay paro para rato, y en cifras inadmisibles que van a requerir decisiones estratégicas de enorme riesgo político. Hay, también, un problema latente y en crecimiento de tensión territorial que necesitará grandes dosis de determinación del Estado. No vale hacerse trampas en el solitario: lo que nos espera, y tal vez lo que nos conviene, es un Gobierno que no tenga reparos en parecer antipático.